This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span
5645
c. 31

WIDENER
HN PFCJ P

Span 5645.6.31

Harvard College Library

THE GIFT OF

EDWIN VERNON MORGAN

(Class of 1890)

AMERICAN AMBASSADOR TO BRAZIL

Spem-56/15.

Un Paraguayo Leal

Drama en dos actos y en verso

ORIGINAL DE

D. ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO

Representado por primera vez en
el Teatro Nacional de la Asunción del Paraguay
en Diciembre de 1858.

ASUNCIÓN

TALLERES NACIONALES DE H. KRAUS

1898.

UN PARAGUAYO LEAL

Un Paraguayo Leal

Drama en dos actos y en verso

ORIGINAL DE

D. ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO

Representado por primera vez en
el Teatro Nacional de la Asunción del Paraguay
en Diciembre de 1858.

ASUNCIÓN

TALLERES NACIONALES DE H. KRAUS

1898.

Span 5645.6.31
Span 5645.1.31
HARVARD COLLEGE LIBRARY
GIFT OF
EDWIN VERNON MORGAN
Oct 22, 1915

Tirada de 102 ejemplares.

Al Exmo. Señor Presidente de la República del Paraguay, Ciudadano don Carlos Antonio López.

Exmo. Señor:

Hace algún tiempo que hice á las Musas una despedida instantánea; pero ha llegado un momento en que me he visto precisado á demandar su apoyo y cooperación. Desearía que el abandono involuntario en que las he tenido, que el obligatorio desdén con que las he tratado, no produjesen en ellas un acto de despecho y rebeldía, desamparando al poeta en una de sus más honrosas inspiraciones.

Pero no lo espero; la obra que me he propuesto llevar á cabo tiene un fin grandioso, el de abrir las puertas á la literatura dramática paraguaya, y han de haberme ayudado dignamente en una empresa tan benemérita.

Sírvase, pues, Señor Presidente, es-

cudar con su ilustre nombre la obra del escritor, aceptando esta amistosa dedicatoria, y la obra habrá ganado mucho en importancia. V. E., como paraguayo y como la primera figura que aparece en el seno de la sociedad paraguaya, ha debido comprender las nobles tendencias de esta producción y sabrá avalorar el pensamiento que ha impulsado á escribirla á su leal y reconocido servidor.

I. A. Bermejo

Asunción, 26 de Noviembre de 1858.

PERSONAJES	ACTORES
Eustaquio	*Don Juan García*
Eduardo	« *Enrique López*
Nicandro	« *José Chezo*
Sebastián	« *Santiago Ramos*
Pedro	« *N. Cabral*
Elisa	*Doña C. Rodríguez*
Antonia	« *Pilar Escudero*

Criados, peones, esclavos, etc.

La acción se supone á tres leguas de la Asunción, en la campaña, en una quinta.

ACTO PRIMERO

El teatro representa los corredores de una quinta. Estos corredores se verán precedidos por un emparrado. En el corredor del frente habrá una puerta grande, que guía á una habitación aislada que conduce al campo; en el corredor de la izquierda, otra puerta, que conduce á las habitaciones de los criados; y en el corredor de la derecha, otra puerta, correspondiente á las habitaciones interiores de la parte de casa destinada á los amos. Los corredores estarán adornados con elegancia. Bancos, sillas y macetas con flores. En uno de los ángulos se verá un naranjo elevado.

ESCENA I

Al levantarse el telón, aparece Eustaquio sentado, y en un extremo del teatro, pero en primer término, tomando mate. En seguida, Eduardo y Elisa. Pedro y Ana en el otro extremo; un

paraguayo después tocando el arpa; detrás, varios cantores y dos parejas paraguayas bailando el cielito al compás de la orquesta y de las siguientes coplas:

Si quieres ver tu pechito
libre de agudas saetas,
evita que en tí se claven
los ojos de una guaireña.
Cielito, ¡válgame Dios!
Cielito de amores ¡ay!
El corazón me trastornan
las niñas del Paraguay.

—

Cuando pones en la arena
tu blanco y pulido pie,
nacen flores, más pintadas
que tu encarnado chumbé.
Cielito del alma mía,
cielito, ¡válgame Dios!
el corazón me traspasan
las niñas de la Asunción.

(Todos aplauden y dan signos de aprobación y de júbilo.)

Eust.—*(Poniéndose de pie y dando la bombilla del mate á Pedro.)*
Señores, basta de baile,
cada cual á su faena
hasta que llegue un momento
propicio para otra fiesta.
Los amos os agradecen
la humilde y sencilla oferta
que acabáis de tributarles,
por lo mucho que os aprecian;
finis, pues, *coronam opus,*
y á tomar las herramientas.

Edua.—*(De pie con Elisa)*
Eustaquio dice muy bien.
Os aprecio muy de veras
la demostración de afecto
que nos hacéis. En mi ausencia
me acordaré de vosotros,
porque cuidáis de mi hacienda
con esmero distinguido.

Elisa—Hoy os concedo licencia,
si mi esposo lo permite,
para ir á las carreras
del campo de Ybyray.

Edua.—Lo consiento.

Eust.— En hora buena.
Disfrutad del asueto;
pero os hago la advertencia
de no entrar en pulperías
ni hacer ruinosas apuestas,
ora por el alazán
de don Vicente Baeza,
ora por el malacara
de don Juan Félix Siniestra,
por el tordillo de Jaime,
ó el bragado de Pimenta.
Todos son buenos caballos,
cuando en la cancha se empeñan;
pero es preciso juicio.
¿Entendéis? Idos afuera
¡Viva doña Elisa!
Todos— ¡Viva!
Elisa—Parece gente muy buena
Eust.—Superiores, doña Elisa,
y muy guapa en la faena.

ESCENA II

Eustaquio, Elisa, Eduardo

Eust.—Conque, ¿os hago relación

del estado de la hacienda?
Edua.—*(Mirando el reloj).*
Son las diez de la mañana.
Bien; te escucharé.— Comienza.
Elisa—Yo me voy al otro cuarto,
para ver si están dispuestas
las demás habitaciones
para el huésped que se espera.
Edua.—Dices bien.
Elisa Pues hasta luego.
Edua.—Yo pronto daré la vuelta.

ESCENA III

Eustaquio, Eduardo

(Los dos se sientan)

Edua.—¿Cuánto ganado tenemos?
Eust.—Hoy, señor, según mi cuenta,
en el último rodeo
conté siete mil cabezas.
Tenemos bastantes vacas,
unas seiscientas terneras
y más de tres mil novillos.

Pero, señor, con la seca
pasamos grandes apuros
y por eso no progresan.
Ahora repunta el maizal
que tenéis en la capuera;
pero si no se agusana,
tendremos buena cosecha.
El mandiocal, excelente;
le planté en tan buena tierra,
que retoña de primor;
desearía que le viera.
Planté dieciséis naranjos
para adornar la alameda
que hicimos junto al arroyo;
y he querido que la huerta
tenga cebollas, locotes,
porotos, zapallo, alverjas,
rábanos, coles, lechugas,
en fin.....

Edua. Etcétera, etcétera.
Y díme, ¿tenemos cueros?

Eust.—Señor, poco se carnea;
Hoy sustento á mi peonaje
con legumbres, porque es fuerza
mezquinar algo las reses,

que ya sabéis que escasean.
Sin embargo, en el galpón
que está junto á la tranquera,
he tendido unos cien cueros
comprados á Blas Correa.
Si hay alguno en la Asunción
que por ellos se interesa,
los puede, pues, ofrecer
del modo que le parezca.
Por lo demás, caminamos
como siempre....en toda regla.

Edua.—*(Se levantan).*
Hoy aguardamos un huésped,
y por lo tanto quisiera
que dispusiese las cosas
de forma.....

Eust. Nada me arredra.
Ya sabe que soy activo.

Edua.—Ni aun me quité las espuelas;
mi caballo está ensillado;
conque adiós, hasta la vuelta.
Voy yo mismo á recibirle,
pues sé que ha de estar muy cerca.

Eust.—Vaya con Dios, y descuide,
que aquí estoy de centinela.

ESCENA IV

Eustaquio, (luego) *Elisa*

Eust.—¿Quién será este nuevo huésped
que exige tanta etiqueta?
¿Si será algún europeo
de esos á que el amo obsequia
tan á menudo? Tal vez;
pero aquí el ama se acerca.
Elisa—*(Sale en traje de campaña).*
¿Y mi esposo?
Eust.— Ya se fué.
¿Qué tiene, señora!
Elisa—*(con abatimiento)* Nada....
estoy algo disgustada,
con mi marido.
Eust. —*(Con prontitud)* ¿Porqué?
Perdonad mi desacato;
pregunta fué desatenta,
no debo pedirle cuenta....
Soy, señora, un insensato.
Mi natural inquietud
condolido me ha inspirado,
el hombre que me ha sacado

de la dura esclavitud
Elisa—Vuelve, Eustaquio, á tu reposo,
pues te juzga mi bondad
digno de la libertad
que te concede mi esposo.
Eust.—Le serví cuando era niño;
su padre me distinguía;
no digo bien, me quería
con entrañable cariño,
Elisa—De tu sincera lealtad
satisfecha, amigo, estoy,
y por eso á darte voy
una prueba de amistad.
Eust.—El alma en pensarlo goza.
¿Con tal llaneza me trata?
Mi corazón se dilata
y de placer se alboroza.
No sé cómo me contengo,
sin besar la blanca mano
de ese pecho tan cristiano....
Á servirla me prevengo.
Contad con mi diligencia,
puesto que me conocéis.
Decidme lo que queréis
y mitigad mi impaciencia.

(Toman sillas y se sientan)

Elisa—Vamos, pues, á comenzar,
para que no se dilate....

Eust.—¿Queréis que os sirvan un mate?
(Elisa hace seña de que no quiere)
Pues vamos á conversar.

Elisa—Viene un hombre á esta morada
con la más negra intención;
á buscar la perdición
de aquesta mujer honrada.

Eust.—Á fin de que el vandalismo
en esta estancia no brote,
echaré mano á un garrote
y le romperé el bautismo.
Decidme cuál es su nombre.

Elisa—Tu arrojo nos perdería,
porque tiene idolatría
tu patrón por ese hombre.
Modera, pues, el ardor,
que te haría desgraciado,
porque cualquier atentado
irritará á tu señor,
que se labra un precipicio.

Eust.—¿Y de él no habrá quien le saque?
¿Quién es ese badulaque

que así le saca de quicio?
No me calienta la ropa
al cuerpo....Mas ya adivino.
¿Es aquel santafecino
que siempre hablaba de Europa?

Elisa—El mismo, lo has acertado.

Eust.—Aquél que os galanteaba;
aquél que tanto lo echaba
de fino y civilizado;
cuya sabia ilustración
consecuente os perseguía,
y echar sobre vos quería
el más infame borrón.
Remedios ejecutivos
para esos hombres convienen,
pues sé que no se contienen,
si andamos con paliativos.
Dejadme! cuerpo de tal!
Sentado que no os respeta,
yo buscaré la receta
de su cura radical.
No ha de entrar en esta casa.
Para estar más garantido,
le diré á vuestro marido
la verdad de lo que pasa....

Elisa—¡Jamás, Eustaquio, jamás!
Desecha ese mal intento;
con proceder tan violento
una tumba me abrirás.
Es mala su condición,
y su elocuencia atrevida;
y yo quedaré vencida,
y él llevará la razón.
Eust.—Entonces no hay esperanza
en este trance espinoso,
si no digo á vuestro esposo.....
Elisa—Sólo un medio se me alcanza,
y te lo quiero indicar.
Eust.—De su labio estoy pendiente.
Elisa—Eustaquio, se acerca gente,
ya no podemos hablar.
(Miran por la puerta del foro)
Eust.—¡Por vida!
Elisa— ¡Fiero destino
es hoy el que me rodea!
Eust.—El amo, y con él se apea
también el santafecino.
Elisa—El que mi desdicha labra.
Viene á vengarse de mí.
Adiós; me aparto de aquí;

no digas una palabra.

Eust.—¿Con que al fin he de callar?
¿Y triunfará ese bergante?

Elisa - ¡Silencio! más adelante
nos podremos explicar.

ESCENA V

Eustaquio, (luego) Eduardo, Nicandro, Sebastián.

Edua.—Por fin llegamos á tiempo.
(A Nicandro)
Siéntate, vendrás cansado.
Y usted también, si le place.
(Arriman sillas y se sientan Nicandro y Sebastián).

Nican.—El camino no es muy largo,
pero este polvo molesta.

Eust.—(¡Que no te hubieses ahogado!)

Edua.—Dispondré que el equipaje....
(Reparando en Eustaquio)
Pero calle; aquí está Eustaquio.
Oportuna es tu presencia.
Hay afuera tres caballos;

manda, pues, que desensillen,
y que al potrero inmediato
los lleven para pastar.
Luego pasarás recado
á tu señora. Le anuncias
que aquí la están esperando
dos amigos de su esposo.

Eust.—Bien está, señor.

Nican.—*(Reparando)* Eustaquio,
Dios guarde al buen capataz.

Eust.—Que viva usted muchos años.

Nican.—Recibe mi enhorabuena.
Sé que ya no eres esclavo;
tu conducta merecía
ese inestimable rasgo
de nobleza.

Eust.—*(Con sequedad)* Muchas gracias.
(¡Que no te partiera un rayo!)

ESCENA VI

Eduardo, Nicandro, Sebastián.

Edua.—¿Qué te parece mi quinta?

Nican.—Lo encuentro bien ordenado.

todo. Está muy confortable,
delicioso. . . . Sin embargo,
no es un *chateau* parisiense.
Ya se ve, tú no has viajado,
no has visitado la Europa,
ni cultivas el contacto
de la gente *comm' il faut;*
siempre vives encerrado
en este desierto informe.

Edua. - Le tengo afición al campo.
Yo encuentro en él mi delicia;
tengo algunos intervalos
de aburrimiento, y entonces
se despiertan en mi ánimo
deseos de visitar
los países ponderados
que nos separan las aguas
del espumante Oceano.
Pero gozo en la quietud
que respiran estos campos.
Las agrícolas faenas
proporcionan bellos ratos
de distracción saludable.

Nican.—No pensabas otro tanto
durante tu soltería.

Te desconozco, Eduardo;
te ha convertido el consorcio
en un filósofo rancio.
¡Oh poder del himeneo,
que á veces haces milagros!
No he de casarme, lo juro,
no he de buscar ese lazo,
que nos liga hasta el extremo
de convertir en esclavos
los hombres más deseosos
de libertad. ¡Fuera, diablo!

Sebas.—No arrebates ilusiones,
modera tus arrebatos,
que al señor no han de gustarle
tus reflexiones.

Nican.— Me callo

Edua.—Puedes hablar lo que gustes;
yo por eso no me enfado,
ni la ilusión me arrebatas....

Nican.—Disimula el desacato.
No cuentes á tu señora
la descripción que te hago
del vínculo indisoluble
que por mi parte rechazo.
No quiero que me aborrezca

y me expulse de tu lado.
Edua.—Descuida; no soy tan necio....
Pero ya hace mucho rato
que salió de aquí el sirviente
para avisarla, y extraño
que aún no se presente.
Disimulen si me aparto;
voy á buscarla yo mismo.

ESCENA VII

Nicandro, Sebastián.

(Se pone de pié)

Sebas.—¿Es éste aquel de que hablamos?
Nican.—El mismo. Todo lo sabes.
Esa mujer me ha burlado,
y yo me quiero vengar.
Esta noche convidamos
al marido á la reunión
do anoche nos alojaron.
Volveremos á jugar,
que él es muy aficionado.
Sebas.—Mis barajas andan solas.

Nican.—Esta noche lo arruinamos.
Es mi primer plan de ataque;
de lo demás yo me encargo.
Empobrezco el matrimonio,
y los celos infundados
que infundiré en el marido
harán nacer de contacto
repetidas disensiones,
hasta lograr paso á paso
la ansiada disolución
que mi cabeza ha fraguado.
Yo he de vengar el desprecio
de esa mujer.

Sebas.— Habla bajo,
que se acerca con su esposa....

Nican.—Dí que vienes fatigado
y que quieres descansar,
y te marchas á tu cuarto.

ESCENA VIII

Nicandro, Sebastián, Eduardo, Elisa y Eustaquio.

Nican.—(Adelantándose con afectada amabilidad)

Esto ya en sublime raya.
Os afirmo por quien soy
que me fascina el tipoy
de la hermosa paraguaya.

Elisa—Su lisonja no me engaña.
El traje, si no es de moda,
es el que más me acomoda,
cuando vivo en la campaña.
Y puedo en su consecuencia
adoptar, como advertís,
los usos de mi país
sin faltar á la decencia.

Eust.—(Chúpate ese dulce, amigo.)

Nican.—Os presento á un camarada.

Elisa—Yo celebro su llegada.

Sebas.—Dichoso yo si consigo
obtener el alto honor
de merecer su amistad

Elisa—En ella, pues, confiad,
si os acompaña el señor.

Eust.—Se aciertan sus procederes,
puesto que dice el refrán:
«Díme con quién andas, Juan,
que yo te diré quién eres».

Nican.—Se ven cosas singulares,

y añadiré sorprendentes.
¿Son siempre aquí los sirvientes
así tan familiares?

Edua.—*(Con enfado)*
¡Eustaquio!

Eust.— Señor, perdón.
Me ausento; mas antes quiero
decir qué ese caballero
tiene ya su habitación.

Sebas.—Señores, cansado estoy,
necesito reposar,
y me ausento á mi lugar.

Edua.—Conduce al señor *(á Eustaquio)*

Eust.— Ya voy.

ESCENA IX

Eduardo, Elisa, Nicandro.

Nican.— Son ya muchas concesiones,
dispensa que te lo diga,
las que das á ese criado.

Elisa—Disculpele la osadía;
el poco trato de gentes,
la confianza excesiva

que hacemos de su honradez,
parece que le autoriza
á ese afán de entrometerse
á donde no debería.

Nican.—Es un sirviente, señora,
y el orgullo se lastima....

Elisa--La indulgencia, caballero,
siempre es propia de almas dignas,
y el hombre bien educado
jamás en su pecho abriga
el orgullo contra el débil.
Disimulad que os corrija
esta humilde paraguaya,
en este rincón metida.
Sed indulgente conmigo,
si faltando á la política
os soy demasiado franca.

Nican.—*(Sardónicamente)*
Al contrario, me cautiva
esa dulce reprensión
de una preceptora amiga.
(Yo me vengaré de tí).

Edua.—Eres rigurosa, Elisa.

Nican.—Todo lo contrario, Eduardo.
Yo la encuentro persuasiva.

Su reconvención me encanta,
su labio elocuente admira,
y en mí encontrará un discípulo
obediente á cuanto diga.

ESCENA X

Eduardo, Elisa, Nicandro, Pedro

Pedro—Señor.
Edua.— ¿Qué quieres?
Pedro— Un hombre
que va para Villa-Rica,
ha parado en nuestra puerta,
y pienso que solicita
que aquí le demos posada.
Edua.—Su caballo desensilla,
y busca corriendo á Eustaquio
para que bien le reciba,
y que le prepare hamaca
y una abundante comida.
¿Le conocemos nosotros?
Pedro—Nunca estuvo en esta quinta.
Edua.—Sin embargo, voy á ver
si es persona conocida,

para darle un hospedaje
digno á su categoría.
Con mi señora te dejo,
si el cansancio no te obliga
á buscar como tu amigo
recogimiento

Nican.— Descuida.
No faltes á tus deberes,
y déjame en compañía
de tu graciosa señora;
su sociedad me cautiva.

Elisa—Muchas gracias, caballero.
¡Qué lisonjero está el día!

(Mutuos saludos, y váse Eduardo con Pedro)

ESCENA XI

Nicandro, Elisa.

(Miradas maliciosas y significativas de Nicandro. Temor y abatimiento de Elisa. Se sientan).

Nican.—¿Recibisteis la misiva

que os mandé de la Asunción;
aquella carta expresiva,
elocuente, decisiva
que revela mi intención?

Elisa—La he recibido, señor,
y os digo con sentimiento
que no permite mi honor
acceder á vuestro intento,
sin llenarme de rubor.

Nican.—¿Y porqué me contrarresta,
cuando sabe que la adoro?

Elisa—No merece otra respuesta
el que lastima el decoro
de una mujer fiel y honesta.

Nican.—¿Me queréis precipitar
con ese combate necio?

Elisa—¿Me venís á deshonrar?

Nican.—Vengo, señora, á vengar
vuestro insultante desprecio.
He meditado muy bien
el plan que mi astucia ensaya;
no perdono, ¡voto á quién!
el ultrajante desdén
de una simple paraguaya.

Elisa—*(Con energía)*

Rechazo vuestra objeción
tan desnuda de atenciones;
yo no os debo explicación,
cuando exponéis por razones
ofender mi condición.

Nican.—Os pido que dispenséis.
Satisfaced mis agravios;
si combatirlos podéis,
empezad; ya me tenéis
pendiente de vuestros labios.

Elisa—Sabiendo vuestra venida,
y de vuestro injusto intento
por desgracia persuadida,
reservé este documento
para vivir prevenida.

(Saca un papel)

A que me escuche le invito,
y os recomiendo el valor.

Nican.—¿Para qué le necesito?

Elisa—Para ver en este escrito
vuestro juez acusador.
Sabiendo el formal empeño
que entre los dos existía,
disipar quiso el ensueño,
que en su ilusorio beleño

mi corazón concebía.
En un principio luchaba;
pero tuve el heroísmo
que en el trance me faltaba,
para evitar el abismo
que el infierno preparaba.
Ahora escuchad decidido
la aterradora pintura,
que un padre de vos herido
hace aquí en esta escritura,
que oportuna he recibido
(Lee) «Bolivia, diez de Setiembre:
«Muy apreciable señor.
(Habla) Va dirigida á mi padre.
(Lee) «Llamar quiero su atención,
«sobre don Nicandro Acosta,
«que de Bolivia partió
«dejando execrables huellas
«de inicua reputación.
(Nicandro se pone de pie dando señales de sorpresa)
«Después de haber arruinado
«su proterva condición
«la casa buena y honrada
«de un comerciante español,

«con el rapto de su hija
«su obra infame terminó.
«Abandonóla después
«de arrebatarle su honor,
«y entregóse luego al juego,
«su exclusiva profesión.
«Hemos llegado á entender
«que pretende sin rubor
«enlazarse en matrimonio
«en esa virgen nación
«con una joven sencilla,
«de nobleza y pundonor.
«El padre de la burlada
«os hace esta prevención,
«para que jamás consienta
«un enlace tan atroz».
(Habla) Vos estabais en Europa,
cuando mi padre leyó
esta misteriosa carta
de oportuna prevención;
y aun cuando palabra os diera
de aguardaros, destruyó
mis mentidas ilusiones
el oprobio y el baldón
que sin duda me esperaban

al enlazarme con vos.
Solicitóme Eduardo
en tan extraña ocasión,
y conociendo sus prendas,
mi padre no vaciló
en conceder su permiso
para nuestra honesta unión.
Os presentáis agraviado;
la culpa no tengo yo
de que tan negros informes
lanzaran del corazón
al hombre que no merece
la mano que me pidió.
Si queréis tomar venganza,
acaso será peor,
porque pondréis en relieve
vuestra infame condición.

Nican.—*(Reprimiendo su rabia)*
¿Y tan negras imposturas
Vuestra familia creyó?

Elisa—No miente, señor Nicandro,
un padre....

Nican.— Pues vive Dios....

Elisa—Se reconoce al momento
del ofendido la voz,

y de la inicua deshonra
el incesante clamor.

Nican.—¿Y me daréis esa carta?

Elisa—¿Para qué la queréis vos?

Nican.—Para que jamás exista
de ignominia ese padrón,
que afecta mi porvenir
y mancha mi pundonor.

Elisa—Si me entregáis otra carta
que mi mano os escribió,
á la cual se puede dar
viciosa interpretación,
os daré en cambio este escrito.

Nican.—Yo os hiciera ese favor,
si en mi poder existiera;
mas ella despareció
en el último naufragio,
al venir á esta región.

Elisa—¿Me estáis diciendo verdad?

Nican—Cierto; palabra de honor.

Elisa—¿No me engañáis?

Nican— Nó, señora.

Elisa—Ved si generosa soy. *(Le da la [carta)*

Nican.—*(Haciéndola pedazos, con sonrisa satisfactoria)*
¡Ya estáis bajo mi poder!
Elisa—*(Con desesperación)*
¿Me engañasteis?
Nican.— *(Satisfecho)* Sí.
Elisa— ¡Traidor!
Nican.—Guardada está en mi cartera.
Elisa—¿No me la daréis?
Nican.—*(Riendo)* ¿Quién, yo?
No soy tan necio, señora;
he nacido antes que vos.
Elisa—¿Porqué os juzgué caballero?
Necia de mí *(Llorando)*
Nican.— La intención
con que vine de vengarme,
no se ha destruído, nó;
en mi cartera está el arma
que os dará muerte feroz.
Yo arrebataré el placer
de esta venturosa unión,
para que apuréis la copa
de la pena y del dolor.
Elisa—¿Cuál es mi crimen?
Nican.— La burla,

el escarnio con que vos
habéis tratado mi ausencia.

Elisa—Esto me prueba, señor,
que jamás me habéis amado;
que es verdad cuanto escribió
ese lastimado padre
que llora su deshonor.
La venganza os estimula,
el desprecio con que yo
aprecié vuestros amores.
Alguien se acerca

Eust.—*(Saliendo)* Yo soy.

ESCENA XII

Elisa, Nicandro, Eustaquio.

(Un momento de silencio. Eustaquio se pone en medio de los dos y mira al uno y al otro con ademán indagatorio.)

Eust.—Doña Elisa, ¿qué ha pasado?
Decídmelo, vive Dios!
¿Por qué enmudecen los dos?
Usted, señora, ha llorado.

Elisa—*(Disimulando)*

Eustaquio, no ha sido nada.
Eust.—Nó, señora; me engañáis.
En vano disimuláis,
pues os miro atribulada.
Y os juro que no consiento,
pues todo lo he comprendido,
que os injurie un atrevido
sin que lleve un escarmiento.
Nican.—¿Y he de tolerar que, osado,
Eustaquio no se contenga,
y que aquí me reconvenga
la avilantez de un criado?
Eust.—Este criado, señor,
adivina cuanto pasa,
y por eso se propasa
contra un indigno ofensor.
Nican.—(*Amenazando con el látigo*).
Castigaré tu altiveza,
si pronto no se reprime.
Eust.—(*Tomando una silla*)
Paso atrás; no se aproxime,
ó la estrello en su cabeza.
Nican.—Señora, ¿y usted consiente
contra mí tamaña afrenta?
Elisa—(*Conteniendo á Eustaquio*)

Su justo furor le alienta.
Por Dios, Eustaquio, deténte.
Eust.—¿Detenerme? No haré tal.
Elisa—Por Dios; peligra mi vida.
Eust.—La virtud miro ofendida
por un hombre desleal.
¿Qué nos puede suceder?
Elisa—Mucho!
Eust.— Luego usted no quiere
que su marido se entere?
No os acierto á comprender.
Nican.—Sal de aquí pronto.
Eust.— No quiero.
A esta joven no abandono.
Nican.—Vête, ó despierta mi encono.
Eust.—Usté ha de salir primero.
(Elisa hace movimiento de sujetar á [Eustaquio)
No os asuste su fiereza;
salga usted, se lo repito;
la sangre, pues ya me irrito,
se me sube á la cabeza.
Mire que su terquedad
le puede caro salir,
y me puede conducir

á una atroz brutalidad.
(*Alterándose por grados*)
Que me conozco, señor;
mire que en nada reparo;
váyase, que me disparo.
(*Risa de burla de Nicandro*)
¿Te mofas? (*Se avanza con el cuchillo á Nicandro*).

Elisa—(*Asustada*) ¡Cielos!

Edua.—(*Sale y se interpone*) ¡Traidor!
(*Momento de silencio*)

ESCENA XIII

Elisa, Eustaquio, Nicandro, Eduardo.

Eduar.—¿Qué es lo que ha pasado aquí?
¿Cómo á tanto se propasa
Eustaquio? ¿Qué ha sucedido?

Nican.—Lo diré en cuatro palabras.
Aunque ignoro las razones,
valido de su arrogancia,
Eustaquio me ha profesado
una aversión declarada.
Hablando aquí con Elisa

en este instante me hallaba,
cuando vino tu criado
á meter su cucharada.
Le reprendí su osadía,
y soberbio me amenaza
de la manera que has visto.
Esto, amigo, no me agrada,
y por lo tanto me alejo
sin detención de esta casa,
hasta que tengas criados
más corteses.

Edua.—*(Sujeta á Nicandro)* No te vayas.

Eust.—(¿Y no he de poder hablar?)

Elisa—*(bajo)* Me pierdes si no te callas.

Eust.—Señor!.....

Edua.—*(Con enfado)* ¡Silencio!

Eust.—*(Reprimiéndose)* ¡Paciencia!

Edua.—*(á Nicand.)* Disimula cuanto pasa.
Yo pondré remedio á todo.
En tu aposento te aguarda
don Sebastián. Yo te juro
cortar á Eustaquio las alas,
que contra tu dignidad
hoy orgulloso levanta.

Nican.—Disimúlame. No puedo.

Edua.—Te exijo la tolerancia.
Nican.—Quiero darte gusto.—Adiós.
(¡Ya comienza mi venganza!)

ESCENA XIV

Eduardo, Eustaquio, Elisa.

Edua.—Para el paso que ahora doy,
tengo sobradas razones.
Eust.—Mas.....
Edua.— No admito explicaciones.
Harto persuadido estoy
de tu conducta imprudente,
y quien así se propasa
debe salir de mi casa.
Elisa—Pero al menos, ten presente...
Edua.—(*Con enfado*) No admito recon-
[venciones.
Elisa—¿Cómo?
Edua.—(*Con intención*) En vano se diri-
[gen,
porque comprendo el origen
de estas grandes desazones.
Eust. —¿Me apartáis de vuestro lado?

Edua.—Lo tienes muy merecido.
Eust.—Quien con lealtad le ha servido
no debe ser expulsado
de modo tan vergonzoso.
Si delinquí inadvertido,
acaso tan sólo ha sido
por guardar vuestro reposo.
Edua.—Vaná es toda observación;
cumple pronto lo mandado,
para dar al agraviado
cumplida satisfacción.
Eust.—Bien está, señor, me alejo;
ya no insisto en mi defensa.
¿Es ésta la recompensa
que dais á este pobre viejo?
Pero recordad que un día
de agitación é inquietud,
en su tierna juventud
sólo yo fuí vuestro guía.
Que alivié la situación
de vuestro padre, que, anciano,
sufrió el castigo inhumano
de diez años de prisión.
Que resuelto y sin rebozo,
sus riquezas escondía,

y le llevé cada día
de comer al calabozo.
Que es preciso que comprenda
que con afanes prolijos,
para entregarla á sus hijos
cuidé siempre de su hacienda.
No le refiero esta historia,
señor, porque me detenga,
sino porque la retenga,
cual conviene, en la memoria.
Respeto su decisión,
la soporto y no me quejo;
para albergar á este viejo
no ha de faltar un galpón.
Y si el destino fatal
con la postración me enoja,
demandaré en mi congoja
la cama de un hospital.

Edua.—Yo á don Nicandro encontré
vejado en su condición.
Explícame la razón.

Eust.—¿La razón?.... *(Mirando á Elisa, responde con decisión)*
Yo me la sé.

Edua.—Si prometes con mi amigo

disculpar tu desacierto.

Eust.—*(Con prontitud)*
¿Disculpar? Primero muerto.
Siempre he de ser su enemigo.

Edua.—Tu condición me sorprende.

Eust.—No lo puedo remediar.
Me cuesta á buenas tratar
con el hombre que os ofende.

Edua.—¿Y en qué me ofende? ¡Delirio!

Eust.—*(Reprimiéndose con violencia)*
Ese bergante os encanta....
(Elisa le hace señas para que no hable.)
La lengua se me atraganta;
no puedo hablar ¡Qué martirio!

Edua.—Detén el labio, insensato.
Con injusticia le ofendes.
Sal de mi casa ¿lo entiendes?
(Elisa quiere interponerse)
Que se cumpla mi mandato.

Eust.—*(Conmovido)*
Si ese solo es vuestro anhelo,
no replico; descuidad.
Dios os dé felicidad.
¡Señora, guárdeos el cielo!

(Elisa enjuga sus lágrimas y le acompaña hasta la puerta)

ESCENA XV

Elisa, Eduardo.

Edua.—De lo que acaba de hacer
contra mí este miserable,
sólo vos sois la culpable;
lo he llegado á comprender.
Usted me ridiculiza,
francamente se lo digo,
teniendo contra mi amigo
tan consecuente ojeriza.
Ayer os amonesté,
para evitar un fracaso,
y no me habéis hecho caso,
aunque explícito os hablé.
Me va cansando el consorcio,
donde el enojo me asedia.
Elisa—¿Y eso cómo se remedia?
Edua.—Señora, con el divorcio.
Elisa—¿Tal tu boca pronunció?
¿Y á cabo lo llevarás?

Edua.—Elisa, no digo más,
en mi casa mando yo. (*Váse*)

ESCENA XVI

Elisa, luego *Nicandro.*

Elisa—Espera.... ¡pobre de mí!
Guerra me declara el cielo.
¿Quién podrá darme consuelo?
Nican.—*(Saliendo)*
Señora, yo estoy aquí.
(Elisa da un grito de terror. Dan las doce).
¿Para qué tanta sorpresa?
Para comer si os agrada,
ésta es la hora señalada.
Adiós; espero en la mesa.
(Se ausenta riendo; Elisa cae abatida en la silla).

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala principal de la quinta, adornada con lujo. Puerta en el fondo, que guía á lo interior de la casa. Otra á la derecha del espectador y otra á la izquierda, que conduce á la calle. Una ventana á la izquierda en seguida de la puerta. Dos mesas, una en el proscenio y otra al lado de la puerta del fondo. Es de noche.

ESCENA I

Pedro, Ana.

(Aparece Ana poniendo una hamaca, y el segundo encendiendo un cigarro).

Ana— Andate á tu rancho, pues.
¿No sabes que la señora,
cuando se viene á la sala
sin necesidad, se enoja?
Pedro—¿Y por qué en ella estás tú?

¿Hay excepción de personas?
Ana— Yo vine á poner la hamaca.
Pedro—Y yo, porque me acomoda
seguir á la dulce prenda
que adoro.
Ana— No soy yo zonza.
Si me quisieras, cual dices,
no fueras á lo de Antonia,
ni compraras un chumbé
y un rosario á la Petrona.
Pedro—*(Se aproxima á Ana)*
¿Tienes celos?
Ana— *(Burla fingida)* ¿Yo, paisito?
Valen poco esas señoras.
Pedro - Aquello fué un compromiso.
Ana— Pero si nada me importa.
Pedro—Dejémonos de zonceras,
y hablaremos de otra cosa.
Los amos están reñidos.
Ana— ¿Y en qué lo conoces?
Pedro— Toma.
En que has quitado la hamaca
del cuarto de la señora,
y aquí la pones. Sin duda
todo este enojo ocasiona

ese huésped, don Nicandro;
doña Elisa, cuando llora,
dice que la culpa es suya,
y el capataz, si le nombra,
se pone desesperado.
(Se sienta en la hamaca y se mece)
Ayer al tomar su ropa
para ausentarse de aquí,
echó mano á una pistola
y juró matar á ese hombre.
Yo, entonces, con mucha sorna,
le pregunté qué tenía;
pero el hombre se sofoca,
y montando en el tordillo,
puso en el pecho la ropa,
y arrimando guasca al pingo,
se fué á lo de ño Virola.

Ana— ¿Y vive allí todavía?

Pedro—Tal pienso, pues la señora
allí le mandó una carta
que llevó anoche la Antonia

Ana— ¿Y supiste la respuesta
que dió el capataz?

Pedro— Muy corta
parece que fué; repuso:

«Yo hablaré con la señora»
Ana— Ella salió á la oración
en su caballo, y á poca
distancia de este lugar
quiso la dejase sola
la gente que la acompaña,
y nadie sabe hasta ahora
dónde se encuentra.
Pedro— Yo sí.
Es que ha querido en persona
Saber dónde fué su esposo.
Ana— Acaso estará celosa.
Pedro—Puede ser; mas viene gente.
(Se baja de la hamaca y observa)
Ana— ¡Y aquí nos pillan!
Pedro— ¿Qué importa?
Es don Sebastián. Escucha.
Si pregunta no respondas
Ana— ¿Por qué?
Pedro— Porque me parece
que, como el otro, ocasiona
el gran disgusto que al ama
tiene en continua zozobra.
Ya le tenemos aquí.
Lo dicho; calla la boca,

ó hablemos en guaraní,
que ése al fin no es su idioma.

ESCENA II

Ana, Pedro, Sebastián.

(Sale Sebastián, se dirige á la puerta de enfrente, saca una llave y abre la puerta).

Sebas.—Buenas noches. Una luz.
(Viendo que no le responden)
Una luz para alumbrarme.
Pedro—¿Mbaépa oyeruré co caraí?
Sebas.—Hablar español no saben.
Una luz pido ¿lo entienden?
una luz para alumbrarme.
Pedro—Aicuaáma, ahata arú. *(Váse)*
Sebas.—Me comprendió este salvaje.
¿Tú tampoco hablas castilla
para poder explicarte?
Ana— Che cherera Ana Martínez.
Sebas.—La bruta por dónde sale.
(Sale Pedro con una escoba).
Pedro—Coina ape la reyerureba.

Sebas.—¿Qué es lo que diablos me trae?
¡Una escoba!.
Pedro—*(Riéndose)* Yporaité.
Sebas.—Prefiero á obscuras quedarme.
(Entra con violencia y cierra. Pedro y Ana ríen mucho tiempo).

ESCENA III

Pedro, Ana.

Pedro—¡Qué punta lleva el amigo!
Ana —Se va furioso
Pedro— ¡Que rabie!
Harto sufre la señora;
bueno es que también la pague.
Ana— Habla bajo, no nos oiga.
Pedro—Quiero ver lo que ahora hace.
(Se asoma por el ojo de la llave)
Ha encendido una cerilla.
Ana— Si tuvo con qué alumbrarse,
¿por qué ha pedido una luz?
Pedro—De un bulto bastante grande
está sacando billetes

y muchas onzas!

Ana— ¿Quién sabe
dónde las habrá tomado?

Pedro—Calla, será comerciante.
Acércate y mira; ven.

(Los dos se ponen á observar por las rendijas)

Ana— Pienso que quiere acostarse.
Ya se quita la chapona.

Pedro—Ya se reclina en el catre.

Ana— ¡Qué pensativo se ha puesto!

Pedro—Está rezando una salve.

(Sale Eustaquio sin ser visto por los curiosos)

ESCENA IV

Ana, Pedro, Eustaquio.

Eust.—¿Qué observan estos curiosos
por el ojo de la llave?

(Da con el rebenque á Pedro. Gritan los dos asustados)

Pedro— (
Ana (¡Dios mío!

Eust.— Tapehó agüi!

(Vánse corriendo)
A murmurar á otra parte.

ESCENA V

Eustaquio.

(Se aproxima á la puerta por donde entró Sebastián, y observa)

Eust.—Ya le tenemos en casa.
No ha de escaparlo muy bien,
y aunque aquí me encuentre el amo
yo le sabré responder.
Le tengo cariño al ama,
y al amo le tengo ley,
y he de mirar por la hacienda
que yo mismo le aumenté.
Además, que doña Elisa,
solicita mi poder,
para que libre á su esposo
de las garras de un infiel.
Ya me encuentro preparado;
tengo tendida la red,
y la fiera que persigo
en ella habrá de caer.

Pero aquí está la señora;
me alegro; la animaré.

ESCENA VI

Eustaquio, Elisa.

Elisa—A mi ruego has accedido;
Dios te premie tanto bien.
¿Qué sabes, que has observado?
Eust.—Todo lo que pasa sé.
Ese Caifás don Nicandro,
que el cielo confunda amén
llevó al amo á cierta casa
de perdición.
Elisa— ¿Dónde fué?
Eust.—Donde se juegan las onzas,
y hasta la vida también;
donde la estafa y el robo
predominan como juez;
donde se entierran fortunas,
y acuden allí en tropel,
cuanto malo encierra el mundo
en toda su redondez.

Allí llevó á vuestro esposo
ese infame Lucifer,
y allí le robó el dinero
y todo cuanto posee.
Sí, doña Elisa, es verdad;
don Nicandro y su lebrel,
que está encerrado en su cuarto
contando el robo ¡pardiez!
estafaron al señor;
pero yo le repondré;
he tomado mis medidas,
y nos veremos después.
Si la cólera del amo
despierta mi proceder,
que haga de mí lo que quiera;
yo contento quedaré
por haberle libertado
de la acechanza cruel
de un enemigo terrible,
que le ha querido perder.
No llore usted, doña Elisa,
que yo recuperaré
cuanto el esposo ha perdido.

Elisa—Pero ¿qué piensas hacer?

Eust.—Escarmentar á ese tuno.

Elisa—No presumas salir bien;
desiste de tu proyecto,
y ya que un marido infiel
á la razón ensordece,
yo á mi padre escribiré,
para que me dé un asilo
y un consuelo á la viudez
á que Eduardo me condena
por su injusto proceder.
Ya he perdido la esperanza
de ser dichosa con él.

Eust.—¿Eso decís? ¡voto al diablo!
¡Cuán poco le conocéis!
Vuestro marido es un ángel;
no penséis que su desdén
nace de la indiferencia
ni de un instinto cruel.
Un momento de extravío
le ha obligado á enloquecer
y á no cumplir los deberes
de un marido amante y fiel.
Yo le volveré al sendero
de la virtud y del bien;
yo sin ser hombre de luces
conozco el mundo.....

(Observando de pronto por la puerta de entrada)
¿Quién es?
Presumí sentir pisadas.
Venid y os explicaré
lo que con ese tunante
he determinado hacer;
no venga alguno y destruya
los planes que combiné.
(Vánse por la puerta del foro)

ESCENA VII

Nicandro.

Nican.- *(Después de haber observado en su rededor)*
Llegó al colmo mi esperanza.
Me retiro á la Asunción,
llevando en mi corazón
el placer de la venganza.
Allí se queda el marido,
furioso y desesperado,
con su suerte atribulado,
celoso y empobrecido.

Se ha satisfecho mi afán;
mi venganza está cumplida;
pensemos en la partida....
Llamemos á Sebastián.
(Se acerca á la puerta de la derecha y da tres golpecitos.)

ESCENA VIII

Nicandro, Sebastián.

Sebas.—Pronto has venido, Nicandro.
Nican.—Con efecto, aquí me tienes,
satisfecho de mi obra,
cual á mi genio conviene.
Gané al marido la plata;
pero aquí no se suspende
el proyecto colosal
que ha concebido mi mente.
Era preciso también
que la infiel que me aborrece
sintiera de mi despecho
el efecto contundente.
Cuando más acalorado
estaba el esposo imberbe,

le dije que su mujer
conmigo tuvo. . . .¿Me entiendes?
Sebas.—Comprendo lo que dirías.
Nican.—Nada en suma me detiene
para infundir en el joven
ese insoportable germen
de desesperados celos.
El desdichado me cree,
y ha jurado separarse
de su esposa para siempre.
Aprenda á tener constancia
esa traidora rebelde,
la primera que mi amor
ha pagado con desdenes.
Sebas.—Ya es demasiado, Nicandro;
si un poco no te contienes,
y se descubre la trama,
y el marido se enfurece,
tal vez lo escapemos mal.
Nican.—No me respondas sandeces;
el marido es un Juan Lanas.
Sebas.—Y, sin embargo, sucede
que esas almas impasibles
comprenden algunas veces
el papel que representan

en circunstancias solemnes.
Tengo miedo, lo confieso;
dejemos, si te parece,
este lugar, pues al fin
logramos aquello.

Nican.— Ténte.
Hablemos de otro negocio.
¿Dónde están los intereses
que ganamos á Eduardo?

Sebas.—En esta bolsa los tienes.
(Muestra un talego)
Aquí dentro van las onzas
y más de tres mil billetes.

Nican.—¿Los caballos?

Sebas.— Ensillados.

Nican.—Dáme ese talego y véte.
Espérame en el camino,
que allá voy yo.

Sebas.—*(Dando el talego)* ¿Lo prometes?
Pero ¿á qué esa detención?

Nican.—Quiero que apure las heces
del cáliz de la amargura
Elisa, antes que me ausente.
Yo no he de partir sin verla
ó escribirle algún billete.

No perdamos tiempo. Adiós.
La luna nos favorece
y alumbra nuestro camino.

Sebas.—Supuesto que así lo quieres,
te dejo la pleta y parto.
(Con malicia)
¿Sabes que me pertenece
la mitad de ese dinero?

Nican.—¿Desconfías? ¿Y te atreves?

Sebas.—No te enfades, Nicandrito *(tem-*
quise advertir solamente.. *[blando)*
quise decir....como que....
la lengua se me entorpece.
Adiós, Nicandrito, adiós.
Soy tu amigo como siempre.

ESCENA IX

Nicandro, (luego) *Eustaquio.*

(Pone el talego sobre la mesa del primer término.)

Nican.—Yo aplacara mi delirio
si pudiera, frente á frente,
presenciar tranquilamente

su dolor y su martirio.
Pero no lo lograré;
fuera una escena terrible;
ya que verla no es posible,
al menos la escribiré.

(Se sienta y se pone á escribir en la mesa primera. Mientras tanto, sale Eustaquio de puntillas, cierra la puerta de la izquierda y se esconde en el primer cuarto de la derecha.)

Nican—Desgraciada es la existencia
que arrastrará desde ahora.
Esta carta aterradora
es la última sentencia.

(Lee) «Señora Elisa: Habéis olvidado dos años de inocentes amores. En mi ausencia escogisteis á otro hombre, á un necio para suplantarme. He venido exclusivamente para vengarme de vos, y lo he conseguido. He tenido que mentir, lo confieso; pero á todo tiene derecho un despechado como yo. Un terrible divorcio os amenaza; estáis mal re-

putada á los ojos de vuestro marido. Le he ganado en el juego la mitad de su fortuna, y siento no haber podido disponer de vuestra dote. Seréis desgraciada para siempre. Adiós.»

(Habla) Encontrar es necesario
un astuto confidente....

Eust. —*(Sale)* Si el asunto es muy urgente,
aquí tiene un emisario.

(Momento de silencio; se miran gran rato. Nicandro procura esconder el talego y la carta).

Nican.—(De su llegada reniego)
¿A qué has venido?

Eust.— Señor
á pediros el favor
de entregarme ese talego.

Nican.—*(Riéndose)*
El enojo te acalora.
Este dinero es ganado....

Eust.—¡Ese dinero es robado!
Entréguelo sin demora,
pues de todo soy capaz.

Nican.— ¿Y tolero tu insolencia?

Eust.—No me irrite la paciencia,
tengamos la fiesta en paz.
Nican.—Me canso de tolerarte. *(furioso)*
Eustaquio, mira por tí....
Pero me ausento de aquí:
lo mejor es despreciarte.
(Quiere irse y Eustaquio se interpone con una pistola)
Eust.—¡Atrás digo, bribonazo!
Nican.—¿Quién á estorbarme se atreve?
Eust.—Mire usted que si se mueve
le arrimo un pistoletazo *(apuntando)*.
Nican.—(Se destruyeron mis planes.
Buscaré conciliación.)
Vuelve, Eustaquio, á la razón
y modera tus desmanes.
No haga de lo negro blanco
tu condición altanera.
Vaya, toma esta cartera
y déjame el paso franco.
(Le arroja una cartera)
Eust.—Ya soportaros no es dable.
¿Y has presumido, grosero,
conquistarme con dinero?

(Recoge la cartera y se la tira á la cara)
¡Toma y calla, miserable!
Tal condición me atribuye
sin haber considerado
que el que no ha nacido honrado
tan sólo se prostituye.

Nican.—¿Conque no hay conciliación?

Eust.—Mi resolución es ésa;
suelte la plata en la mesa
y menos conversación.

Nican.—¿Con ademán tan violento
á mi proyecto te opones?

Eust.—Para tratar con bribones
no tengo más argumento
(Señalando á la pistola)

Nican.—*(Con furor reconcentrado)*
(No hay remedio; soy perdido;
ha conseguido triunfar,
y yo he venido á quedar
derrotado y confundido.)
(Con violenta resignación y suspirando)
Cedo al fin á tu altivez,
y ya que tanto te afliges,
toma el dinero que exiges,
y acabemos de una vez

(Deja el talego sobre la mesa y se dispone á salir; pero Eustaquio se interpone de nuevo y le detiene)

Nican.—¿Qué me quieres?, pesia tal!
¿Tampoco se me respeta?

Eust.—La cosa no está completa.
Me falta lo principal.

Nican—¿Qué te falta? *(Alterado)*

Eust.—*(Con calma)* No alce el grito
ni escandalice á deshora.

Nican.—¿Qué es lo que quieres ahora?

Eust.— El papel que habéis escrito.

Nican.—Eso nó; nunca....jamás.
Aunque me cueste la vida.
Deja franca la salida,
que quiero partir. *(Se dispone á salir)*

Eust.—*(Apuntando)* ¡Atrás!
La tramoya se deshizo.

Nican.—Ya la indignación es harta.

Eust.— Entrégueme, pues, la carta.

Nican.—¡Infame! *(Queriendo amenazar)*

Eust.—*(Apunta)* Quieto, ó le atizo.

Nican.—¿Y he de acceder á su empeño?
¿Y he de ser yo tan cobarde?

Eust.—Despache pronto, que es tarde,
y me va viniendo el sueño.
Nican.—Accedo á tu pretensión,
porque me dejes en paz.
Tome, pues, el capataz. *(Le tira la carta sobre la mesa)*
Eust.—¿No me hacéis una traición?
¿Es el mismo documento?
Nican.—¿Y lo pudiste dudar?
Eust.—Bueno será inspeccionar.
Quien hace un cesto, hace ciento.

(Se pone á deletrear á la luz. Mientras tanto Nicandro recoge el talego con disimulo)

Nican—(Aprovecho esta ocasión,
burlando su vigilancia.
¡Magnífica circunstancia!)

(Se aproxima á la mesa; apaga la luz y váse con el talego corriendo por la ventana que salta).

Eust.—*(Grita)*
¡Oh, me ha burlado! ¡Traición!

ESCENA IX

Eustaquio

(Palpando la mesa desesperado)
¡El dinero se ha llevado!
Mas la puerta está cerrada.
(Se dirige á ella y después á la ventana)
Soy perdido. Se fugó;
ha saltado la ventana.
¡Una luz! ¡Ana! ¡Perico!
Pronto, que el infiel se escapa.
Pero yo tengo caballo
ya preparado. ¡Ah, canalla!
No te libras de mis uñas;
pero la luz mucho tarda.
(Abre la puerta de la izquierda y salen Eduardo y Pedro con una luz.)

ESCENA X

Eduardo, Eustaquio, Pedro.

Edua.—¿Qué haces aquí?
Eust.—*(Con timidez).* Yo, señor....

Edua.—¿No te arrojé de mi casa?
¿A qué has venido otra vez?
Eust.—Señor, hice mucha falta.
Edua.—Para encubrir á la infame
que ha labrado mi desgracia.
Cómplice, fuera de aquí.
Aléjate sin tardanza.
Eust.—Señor, estáis obcecado,
pero ya el cielo os depara
un desengaño terrible;
mas el tiempo se malgasta
en frívolas expresiones;
tomad, leed esa carta,
mientras voy á terminar
la obra que está comenzada.
(Le entrega la carta)
Perico, toma el caballo
y á galopar sin tardanza
(Váse con Perico corriendo)

ESCENA XI

Eduardo.

Edua.—*(Pensativo)*

¿Qué quiere darme entender
al entregarme esta carta?
¿Qué contiene? ¿De quién es?
¿Será alguna oculta trama?
No sé qué presentimiento....
¿Quién la firma? *(Observa el papel)*
¡Dios me valga!
¡Nicandro Acosta! ¡Me aterra!
Y á mi esposa la consagra.
Veremos lo que le dice. *(Lee)*
¡Cielos! ¿Semejante infamia
puede caber en un hombre
de sus nobles circunstancias?.....
Luego me roba el dinero;
y por saciar su venganza,
á la inocente calumnia....
¿Y no he de tomar venganza?
Mi necia credulidad
tiene que ser castigada.
Perdón pediré á mi Elisa.
¿Y me atreveré á mirarla,
cuando tanto la ofendí
dando crédito á la farsa
que contra su casto amor
el pérfido maquinaba?

ESCENA XII

Eduardo, Elisa.

(Elisa se presenta en traje de amazona).

Elisa—Tus intentos he sabido;
nada tienes que decir
y me vengo á despedir
del enojado marido.
Termine nuestro consorcio,
no le repruebo, ni alabo;
puede, pues, llevar á cabo
el proyectado divorcio,
como le parezca y cuadre,
y aunque me hacéis desgraciada,
no estaré desamparada
bajo el poder de mi padre.

Edua.—Elisa, tienes razón,
y sin embargo confío
en que obtendrá mi extravío
tu generoso perdón.
Error ha sido tamaño;
mas dichoso si consigo
que se limite el castigo

á un terrible desengaño.
Yo dudé de tu inocencia;
te confieso mi delito,
y por eso necesito,
Elisa, de tu indulgencia.

Elisa—La indulgencia no demande,
que no puede conceder
esta ofendida mujer....
El ultraje fué muy grande.

Edua.—Pero el paso es muy violento.
Bien merece tu perdón....

Elisa—Vana es toda reflexión;
vano tu arrepentimiento

(Se oye ruido de voces dentro)

Edua.—¿No escuchas ese rumor?
¿Qué es lo que habrá sucedido?

(Salen Eustaquio, Nicandro y Sebastián, Pedro, Ana y criados paraguayos con palos.)

Eust.—Adentro

Nican.— (Ya soy perdido)

Eust.—Tomamos á este traidor.

ESCENA XIII

Eduardo, Elisa, Eustaquio, Nicandro, Sebastián, Pedro, Ana, criados.

Eust.—(*A Nicandro*) Es el último servicio
que os hago, señor, quizás;
si también os he ofendido,
paciencia y disimulad.
Este bribón, que aquí veis,
os ha querido robar;
mas yo os devuelvo el dinero
sin que os falte ni un real.
(*Pone el talego sobre la mesa*)
Os presento al mal amigo,
que os ha querido engañar,
para que reconvengáis
su proceder desleal,
ó lo entreguéis á los jueces,
pues quiso también turbar
por ridícula venganza
de un matrimonio la paz.
La carta que habéis leído
todo os lo declara ya.
El agresor os escucha

sin poder la vista alzar
de vergüenza.

Edua.—*(A Nicandro).* Lo merece.
¿Así la pura amistad,
hombre infiel, recompensabas?

Nican.—*(Altanero).* No presumas humillar
mi orgullo con esas frases.
Siempre altanera la faz,
diré que quise vengarme.
Si no lo pude lograr,
cuando ansioso lo esperaba
mi fiero encono, mi afán,
tiempo vendrán más felices....

Eust.—¡Nunca, infame, llegarán,
pues todos somos testigos
de tu fiera iniquidad,
y diremos á los jueces
el porvenir infernal
que deparas á estas gentes
que sólo anhelan la paz.

(á Edua.) Señor, no le perdonéis;
entregadle sin piedad
á la justicia ordinaria,
porque escarmiente al audaz
que anheló vuestro infortunio.

No más generosidad
con bribones de esta especie,
que quien malas mañas ha,
dice un adagio español....
Ya acertaréis lo demás.

Nican.—No me intimida la suerte,
que me aguarda; cesen ya
todas las reconvenciones.
Prepárate, Sebastián

Sebas.—Es demasiada injusticia
quererme á mí complicar
en asuntos tan agenos
á mi condición de paz.
A nadie declaro guerra.....

Eust.—Tu innoble complicidad
en la trama de este infame,
te condena. Ven acá,
Perico.

Pedro— Señor Eustaquio.

Eust.—A estos dos hombres llevad
con el respeto debido
en casa del juez de paz,
para que forme el sumario,
é iremos á declarar
cuando fuéremos llamados.

Pedro—Muchachos, vamos allá.
Sebas.—Más despacio; yo, señores....
es una inhumanidad
mi condena.
Pedro—(*Amenazando*). No replique,
ó le arrimo, voto á San.
Nican.—¡Maldición! Me vengaré!
Sebas.—Muchas gracias, capataz.
Eust.—No hay de qué, caballerito;
Con mis servicios contad.

(*Pedro y demás criados se llevan á Nicandro y Sebastián.*)

ESCENA XIV

Eustaquio, Eduardo, Elisa.

Eust.—Ahora, señor, Dios le guarde.
Edua.—Eustaquio, ¿porqué te vas?
Eust.—Porque estoy aquí de más,
y ya, señor, es muy tarde.
Edua.—Es vana la pretensión;
no te concedo licencia,
y pido de tu indulgencia
un generoso perdón.

Eust.—*(Enagenado de placer)*
Estoy lleno de rubor. . . .
sí, sí, perdono el agravio
al escuchar de ese labio
palabras de tanto amor.
Edua.—Pero Elisa no perdona.
Eust.—¿Que no perdona? Bobada!
Edua.—Qué, ¿no te revela nada
ese traje de amazona?
Eust.—Terminó ya la contienda;
¿no veis que vuestro marido
de todo está arrepentido?
No penséis que ya os ofenda.
Vamos ¿en qué está pensando?
(Se coloca en medio de Elisa y Eduardo)
Un abrazo, ¿qué repara?
(Riéndose)
Si le conozco en la cara
que lo está usted deseando.
Edua.—¡Elisa! *(Se abrazan)*
Elisa.— ¡Eduardo mío!
Eust.—Llegó el dichoso momento.
Ahora sí que estoy contento.
Que no haya otro descarrío.
Reina la dicha y la paz

que tanto se ha deseado,
aunque la ha proporcionado
LA HONRADEZ DE UN CAPATAZ.

AL PÚBLICO

Acepta, oh pueblo leal,
esta dramática ofrenda,
que abre la gloriosa senda
del teatro nacional.
Paraguayo, el galardón
que más estima y respeta
en este instante el poeta,
es el de tu aprobación.

FIN DEL DRAMA